

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 117

Administración: Cristóbal Borán, I, Madrid

1.º Mayo 1903

ANARQUISMO

Crítica de la sociedad presente

La armonía en la humanidad

La base social ó la justicia social, ¿está en relación con el progreso científico? Las máximas morales que nos predicán los humanistas armonizan con las leyes sociales que establecen legisladores y economistas, y que defienden las colectividades armadas? De ninguna manera. El sistema económico que rige en las sociedades modernas está á la altura del sistema planetario de Tholomeo. Actualmente se corresponden los estados morales é intelectuales de la humanidad, mas estos estados no corresponden al estado económico que hoy priva.

En el mundo todo, tanto en el que forma la materia orgánica como en el que constituye la materia inorgánica, se observa una absoluta armonía, y cuando esta armonía se rompe por el predominio, periódico ó momentáneo, de una condición humana, la científica experimental, por ejemplo, pronto la sociología, la ciencia de las sociedades, pretende, con sus adelantos y con las revoluciones que promueve, establecer el equilibrio. A eso viene la sociología, ciencia engendrada por las demás ciencias para que en la humanidad se restablezca la armonía científico y social, no haciendo retroceder á las ciencias propiamente dichas el camino que llevan adelantado al progreso económico, sino haciendo que este progreso alcance los grados que han obtenido los otros conocimientos.

Por eso la revolución social es un resultado matemático, es una de tantas cifras como ha de producir el problema de la vida ó de la perfección humana.

Aunque parezca otra cosa, en lo social rigen las mismas leyes generales que en lo físico. Así como por las perturbaciones que sufría el planeta Urano, un matemático del espacio celeste dedujo la existencia de Neptuno y predijo el sitio donde debía hallarse, así también, por las perturbaciones que sufre la sociedad presente, los matemáticos del espacio social deducen la formación ó la constitución de nuevos sistemas económicos, con igual precisión y seguridad que los físicos.

¿Existen estas perturbaciones sociales que buscan el equilibrio y la armonía humanas? Indudablemente. Pues los sociólogos las estudian, observan sus caracteres, sus causas, sus direcciones y deducen consecuencias y forman teorías y establecen cuerpos de doctrina.

¿Estamos dispuestos moralmente para establecer la Anarquía?

Se ha dicho que para el establecimiento de la sociedad anarquista es preciso hacer ángeles de los hombres. No hay tal cosa; los hombres son ya ángeles, son más dóciles, más humildes que los ángeles, puesto que los ángeles, si los hubiera, no se morirían de hambre y miseria teniendo ante sus ojos hambres en abundancia, como se mueren los hombres por poquedad de espíritu. Los ángeles no consentirían en trabajar empobreciéndose física y económicamente para que otros se enriquecieran, y no empuñarían el arma para matar á aquellos de sus hermanos que protestasen de tantas injusticias como pesan sobre los hombres. No; los ángeles serían mucho más rebeldes, mucho más indóciles que esos hombres que lo consienten todo en su daño y que, á pesar de esta condición, se ven descalificados para ser libres y felices por los mismos que son la causa de que aquéllos se manifiesten á veces con instintos sanguinarios y perversos.

Es como si un domador de fieras martirizase á un perro que tuviese enjaulado y dijera después, á la vista de las manifestaciones de odio del animal, que el perro, á fuer de malo, no podía ir libremente por las calles. El perro martirizado por toda clase de atropellos y de injusticias, el perro azotado, apedreado, flaco, lleno de miseria, anémico, tísico, hambriento, es aquí el pobre, el pueblo, y sus domadores ó verdugos son los señores, esos mismos que dicen que el hombre es malo y que por malo no puede ser libre.

Véase si no es cierto lo que queda expresado.

Uno de los amores más poderosos que siente el hombre es el de la vida. Este amor le induce á luchar desesperadamente contra sus semejantes dentro de la sociedad cruel que se niega á satisfacernos el ansia que de vivir notamos todos. Para que alcancemos una posición regular en cualquier orden, es preciso prescindir por completo de toda noción del bien, es necesario que transijamos con la vida inferior de la malicia y de la astucia. Esta gimnasia de las costumbres y de los procedimientos bajos produce el rebajamiento de los caracteres, porque en psicología, lo mismo que en fisiología, la función crea al órgano. Sometidos á la vida inferior, á exigencias del medio, concluimos por asimilarnos al nuevo estado psicológico y moral, y ya lo bajo y ruín nos parece natural y lo elevado y grande se nos antoja imposible.

Las condiciones sociales tienen nuestra vida, la de todos, á merced de cualquier aventurero; nadie está seguro en su posesión. Si eres comerciante ó industrial el *trust* te arruina. Si eres obrero la mecánica te aniquila. Si eres empleado público la crisis ó la influencia de los demás te echa á la miseria. Si eres escritor los escritores te revientan. Si artista, los mismos artistas procuran echarte abajo.... Lo exige las ansias que de vivir lo mejor que uno pueda siente todo el mundo; lo exige la lucha enconada que ha establecido la propiedad individual.

El hombre que por el hecho de haber nacido debería tener la vida asegurada, halla los recursos que necesita para vivir en poder de cualquier charlatán, y para quitárselos ¡cuánta lucha, cuánta pena, cuántos sufrimientos, cuánta astucia, malicia y cuánto rebajamiento! ¿Cómo no hemos de ser malos si por el mal alcanzamos nuestro bien?

Si el derecho de uno fuese el de todos y el pan de ese fuese mi pan, cesaría la lucha de hombre á hombre y esta energía que la humanidad consume combatiendo al prójimo, podría emplearse en dominar á la naturaleza, en mejorar la vida social, en inventar nuevas maravillas que mejorarían la suerte de todos, no de unos cuantos, como ahora acontece.

¡Claro! Si enjaulais al perro y le hacéis padecer hambre y frío y le dais poco pan y

si se lo dais es aplicándole un hierro candente en el hocico, el perro, el animal más pacífico, bondadoso y fiel del mundo, os morderá si tiene lugar. Lo mismo, exactamente lo mismo, hace el hombre. En cambio, tratadlo bien; que no sufra, pene, ni padezca por culpa de la sociedad ó por vuestra culpa, verdugos del hombre, y será el ser más pacífico y dócil de la tierra. Hasta el león os lamerá la mano si no tiene hambre y le quitais una espina de la pata.

¿Qué no haría el hombre si no le clavarán continuamente espinas en el corazón, en el estómago y en el cerebro?

¡Que el mundo produce lo suficiente para satisfacer el hambre de todos los seres que lo habitan, está fuera de duda! ¡Que la libertad podría ser un hecho con un sistema económico que no exigiera de los hombres el uso de la mentira, de la falsía y del puñal para defender y perpetuar su vida, sólo pueden dudarlo los que se consideran inferiores á los perros!

FEDERICO URALES

(Continuará.)

UNA VICTIMA DE NIETZSCHE

(Historia de Sergio Pietrovitch.)

(CONTINUACIÓN)

III

La existencia exterior de Sergio Pietrovitch cambió bruscamente. Cesó por completo de frecuentar los cursos y los trabajos prácticos, y relegó en un estante la tesis emprendida con destino al concurso: «De la definición comparativa de los carburos grasos y de los carburos aromáticos.» Dejó de frecuentar el trato de sus compañeros, y no se mostró sino fugitivamente en las reuniones. Una vez unos estudiantes, yendo de juerga á una casa pública, encontraron en aquel mal lugar á Sergio; fenómeno chocante, no estaba ebrio. Como de antiguo, se ruborizaba por toda broma á su costa, y en cuanto hubo bebido, cantó y charló con lengua pastosa de un cierto Zarathustra. Concluyó por llorar y calificar á todos de idiotas, y á sí mismo de superhombre. Después de este incidente, que desde luego desencadenó la risa general, lo perdieron de vista de nuevo.

Desde su nacimiento jamás había trabajado su espíritu tanto como durante aquellos días cortos y aquellas largas noches de invierno. Su cerebro sobrecargado le desobediencia, y en vano amontonaba, en su persecución de la verdad, las fórmulas, las ideas, las frases ya hechas. Extenuado, agotadas las fuerzas, se parecía á un caballo de carga arrastrando un peso excesivo y que cae sobre las rodillas falto de aliento, hasta que un vigoroso latigazo le endereza sobre sus pies. El látigo era la visión del superhombre, el ser dotado de toda fuerza, toda felicidad, toda libertad. Había momentos en que una niebla densa velaba sus pensamientos; pero la irradiación del superhombre lo disipaba todo, y Sergio volvía á discernir su vida, tan clara y distinta como si la hubiese oído contada por un tercero. Pero visiones siempre; no pensamientos lógicos, formulables en discursos.

Vea á un hombre Pietrovitch, para quien se mantenía cerrado todo lo que hace la existencia feliz ó amarga, pero profunda y humana. En lugar de la fe ardiente y activa,

la fe que conmueve las montañas, no sondaba en sí sino una benevolencia informe, en la que los prejuicios sociales se entremezclaban con escrúpulos estrechos. Ni bastante audaz para renegar de Dios, ni bastante ferviente para creer en Él, ni emociones morales ó cordiales, no amaba á sus semejantes y no comprendía el sublime goce de trabajar y morir por ellos. Sin fuerza tampoco para odiar, no conocía la acre voluptuosidad de la lucha, la alegría demoníaca del triunfo sobre todo lo que el mundo estima como sagrado.

En el periódico leía las proezas de esas gentes que matan, que roban, que violan, y todas las veces su lectura terminaba con este pensamiento: Yo no podría. De cuando en cuando oía hablar de otras que corren á la muerte en nombre de una idea, de una pasión, y concluía: Yo no hubiera podido. Y los envidiaba á todos, así á los criminales como á los justos; y las palabras despiadadas de Zarathustra resonaban en sus oídos:

«Si la vida no se te logra, si un gusano venenoso corroe tu corazón, sabe que la muerte por lo menos se te logrará.»

No experimentaba el deseo de hacer el mal; sentía mejor el de realizar el bien; hombres y libros se lo reanimaban sin cesar, despótico pero atormentador y vano, tanto como el apetito de la luz para un ciego de nacimiento. Terminados sus estudios pensaba entrar en la dirección de la Sisa, pero sin llegar á imaginarse para qué ni para quién sería útil. Se veía ya el empleado puntual y laborioso trepando, con arreglo á una progresión lenta y rigurosa, por la escala del ascenso, para detenerse á medio camino, gastado por la edad, las enfermedades y la pobreza. Por lo demás, su sumisión á las exigencias tiránicas de la vida sería apreciada; celebraría, como sus padres, el jubileo de los treinta años de leales servicios; en tan solemne ocasión se pronunciarían discursos que él escucharía llorando de enternecimiento, como su padre; abrazaría á los jubilados pasados y próximos, tan viejos como él, tan canosos, tan corroidos por la vida. Después moriría pensando en los diez hijos que dejase, como su padre, y el *Diario de Solensk* insertaría una avara noticia necrológica, la cual formularía para terminar, que el que acababa de morir fué un trabajador meritorio y probo. Y este humillante elogio le hería como un correazo, tanto más doloroso cuanto que al pensar escribir una mentira piadosa, expresarían aquellas gentes una verdad indiscutible.

Y tampoco Sergio lograba definirse en qué consistía la utilidad plausible de su trabajo; su cerebro se retorció en vano bajo ese esfuerzo impotente. Pero la niebla se disipaba bajo los rasgos emanados del superhombre, y el insoluble enigma se hacía sencillo y límpido. Su trabajo volvía á entrar en la actividad universal á la manera del trabajo de esa multitud que compra los galochos, el azúcar, el petróleo, construye sus palacios á los poderosos del mundo; él era indispensable á la estadística, á la historia, y significaba la unidad anónima que vegeta y muere á fin de ayudar á las leyes de la demografía; útil al progreso, porque el estómago imperioso y el cuerpo friolento que este trabajo alimenta y preserva precisan una infinidad de rodajes económicos. Cuanto más se entretentía Sergio por las calles, tanto más miraba en torno suyo y más le penetraba la utilidad de su individuo. Esto fué en él un descubrimiento, se interesó por él con mayor curiosidad, consideró las casas, los carruajes lujosos, le ocurrió tomar el ómnibus únicamente para participar, mediante cinco céntimos, de la obra universal. Se cansó muy pronto de esto; no podía dar un paso sin sentirse útil—y esta utilidad se gastaba fuera de su voluntad.

Y se descubrió entonces una utilidad de otro género: la de un cadáver sobre el cual se profundizan las leyes de la vida y de la muerte, la del ilota al que se embriaga para mostrar todo lo repugnante que comporta la embriaguez. A veces, por la noche, imaginaba los libros que se escribirían sobre él y sus semejantes, y veía claramente una enor-

midad de páginas escritas con su nombre á la cabeza; veía á las gentes escribir un tratado sobre Sergio Petrovitch y sacar de él la fortuna, la felicidad, la gloria. Los unos contaban cómo y hasta qué punto fué miserable é inútil; no trataban de ridiculizarle, no; se esfuerzan en pintar su infortunio ó sus alegrías mediante tan vivos colores, que los otros lloraban ó reían. Con la impiedad ingenua de los felices y de los fuertes, se dedican á demostrar que seres tales como Sergio Petrovitch poseen también algo de humano, que experimentan un dolor cuando se les escudriña, una satisfacción cuando se les halaga. Y si los escritores están provistos de talento, logran convencer perfectamente, y más adelante se les eleva monumentos, cuyo zócalo que parece de granito, se compone en realidad de una multitud de Sergios Petrovitch. El resto de la humanidad siente compasión hacia los Sergios Petrovitch; pero los juzga por lo que han escrito los primeros, se pregunta de dónde pueden salir esos pobres seres, de qué manera desaparecen, por qué procedimientos se podrá eliminar á todos los Sergios Petrovitch.

¡Y he aquí cómo un Sergio Petrovitch es útil al capitalista como fundamento de su riqueza, al escritor como materia de su estatua, al sabio como medio de acercarse á la verdad, al común de los hombres como ejemplo y preservativo moral! La humillación y la cólera le invadían; todo lo que hasta entonces fermentaba oscuramente en su bajo fondo, bajo la especie de ensueños indeterminados, de malestares indefinidos, elevó una voz alta y amenazadora. Su «yo», al que consideraba como sólo real, independiente de un cerebro débil y de un corazón marchito, se rebeló y reivindicó sus prerrogativas.

Yo no quiero ser el inerte instrumento de la felicidad universal; yo me quiero á mí mismo feliz, fuerte y libre; es mi derecho. Noción implantada en tantos cerebros para infortunio suyo, y tan ardua para hacerla valer. Comprendió, desde la primera vez que se formuló esta declaración neta y definitiva, que pronunciaba al mismo tiempo la condenación de aquel Sergio Petrovitch que jamás se haría fuerte, que nunca se emanciparía. Entonces se rebeló contra la naturaleza que le había creado neutro, se rebeló á la manera del esclavo, al fin exasperado por la sangrienta mordedura de las cadenas, después de haber durante tanto tiempo, inconsciente de su abyección, ofrecido dócilmente su lomo al látigo, á la manera de una bestia de carga dotada repentinamente de conciencia humana y privada hasta de voz para protestar contra la servidumbre y sus servicios. Tanto más ineludible esta opresión, tanto más furioso es el resentimiento.

Entonces fué cuando escribió á Novikov por primera vez una carta voluminosa y confusa, porque continuaba siendo incapaz de expresar lo que experimentaba tan agudamente. Novikov no respondió; primero le gustaban poco las correspondencias; después, todo el tiempo que no dedicaba á la embriaguez lo tenía ocupado con lecturas ó con lecciones que daba. Sin embargo, habló á uno de sus compañeros de taberna de Sergio Petrovitch, de su carta y de Nietzsche, del cual ridiculizaba su pasión por «los fuertes» y su actitud de profeta para pobres de espíritu.

La primera consecuencia de la rebelión de Petrovitch fué un regreso á sus primeras quimeras; apenas las reconoció, pues hasta tal punto las había trastornado la conciencia de su derecho á la felicidad, desconcertando su espíritu. La felicidad se le aparecía como una cosa tan limitada, que un individuo incapaz de alcanzarla por un camino determinado, podía encontrarla al final de otro. Pero no teniendo mayor fe en el sér humano que confianza en sí mismo, se rebeló contra la humanidad como se había rebelado contra la naturaleza.

IV

Sergio habitaba, en una casa de cuatro pisos completamente atestada de estudiantes, un cuartito muy limpio; siendo sus vecinos trabajadores tranquilos y sobrios, podía absorberse á su gusto en el estudio y la meditación. Una sola incomodidad: el olor de la cocina por la mañana. Pero Sergio Pietrovitch no trabajaba ya, y la mayor parte del tiempo su cuarto permanecía vacío.

Podía encontrarse en todas las calles de Moscou su cara larga y su gorra descolorida: andaba sin objeto; un cierto día de sol subió á las montañas de Vorobiev, desde cuya cima contempló durante largo rato la ciudad engualdrapada en la niebla rosada y en el humo, los verdes jardines y la brillante cinta del río. Además de que la marcha acelera el trabajo intelectual, los espectáculos á los que asistía Sergio ayudaban al desembrollo de sus ideas, exactamente como un dibujo explica un texto á los iliteratos. Así como un propietario arruinado da por última vez la vuelta á sus propiedades, así Sergio hacía el balance desdichado de su vida. Todo lo que veía le decía que él también hubiese podido conocer una felicidad relativa, y al mismo tiempo le repetía que jamás poseería la felicidad particularmente deseada. Aquella felicidad consistía en el goce de lo que amaba, en su emancipación de lo que odiaba. ¡Ah, qué poco le convenía ese Hartmann que jamás tiene hambre y promulga que la desilusión sigue necesariamente á la satisfacción del deseo, y concluye, como Novikov, que el pesimismo fué creado para indemnizar á los infelices privados de todo lo que poseen los otros hombres! Sergio estaba cierto de conseguir la felicidad, con tal de que le procurasen dinero, símbolo de libertad por el mundo errante, y que los esclavos tocan para uso de los amos.

Era laborioso sin amar el trabajo, cuya pesadez le extenuaba, y el cual jamás le había proporcionado alegría. Desde el liceo penaba por materias que no comprendía, que no le interesaban nada, que amenudo herían su conciencia y su razón. Los estudios universitarios le parecieron más cómodos, más sensatos, más apacibles, sin mejor satisfacer su espíritu; en cuanto á las lecciones que á veces lograba obtener, no le aportaban sino tormento. Su futuro trabajo de empleado en las sisas le prometía las mismas tristezas y el mismo fastidio resignado. Solamente las vacaciones de verano, en medio de su familia, le dispensaban algún alivio moral; descansaba allí con tareas completamente materiales, haciéndose carpintero, reparando la valla ó los límites del jardín, cavando ó bien confeccionando para sus hermanillos toda clase de fusiles y de lanzas. Semejante trabajo distraía, por lo menos; ¡ah!, no era aquél hacia el cual su padre había dirigido la vida de Sergio. Otros, ante una incompatibilidad tan ostensible entre las facultades y el destino social, se hubiesen hecho, rompiendo su cadena, artesanos, labradores, vagabundos. Son éstos mozos templados y fuertes, tan fuertes como no se encuentran otros, no tímidos ni débiles como él, conducido por una voluntad externa, de igual suerte que la locomotora, á la que únicamente una catástrofe arranca de sus carriles; él que ni siquiera podía imaginarse, abandonando sus trajes de señor distinguido, su cuarto bien puesto, para irse harapiendo á rodar por los caminos. «Sin embargo, también yo tengo derecho á esa felicidad de que otros gozan,» se repetía. Descubrir la ocupación que da alegría, el estudio de la naturaleza, por ejemplo, hasta sus profundidades y sus misterios... ¡Oh, con qué apasionada ternura quería á la naturaleza! La menor hierbecilla, el blanco tronco del álamo brotando de la tierra fértil y olorosa, las ramitas esbeltas y oscuras de sus brazos, todo le deleitaba el corazón. ¿Por qué? ¿por qué tanto amor hacia esa tierra negra, causa primera de tantos sufrimientos? Y, sin embargo, apenas veía en primavera des-

prenderse de su prisión de nieve el primer pedazo de tierra y respirar al sol, sentía deseos de besarle con el beso tierno y prolongado que se da á la mujer amada. Forzado á pasar su vida en una celda rectangular, ó en las calles rumorosas y enlodadas bajo un cielo hrumoso, envidiaba á los vagabundos que ven y saben tantas cosas, y cuyo sueño está velado por las estrellas. ¡Y él, que no ha visto ni verá nada más que los álamos, hierbas raras, ríos sin profundidad, colinas sin altura! Cierto es que ha leído hermosas y probablemente verdícas descripciones de la mar y de las montañas; pero su pobre imaginación es inapta para formarse una representación viviente. Querría persuadirse por sus propios ojos de la profundidad del mar y de su inmensidad, asegurarse de que es verde, de que es roja tal vez, que la surcan elevadas olas y que encima de todo, á través del vasto azul del cielo, se precipitan ríos de sonrientes nubes blancas, torrentes de espantosas nubes negras. Asegurarse de que es cierto que las montañas son altas, abruptas, frondosas, que cubren sus desfiladeros azuladas brumas y que reverberan junto al cielo sus nevadas cimas. ¿Es verdad todo esto?

Un hondo suspiro dilataba sus pulmones llenos de humo, y de su rostro inexpresivo se borraba la sonrisa de cándido arrobamiento. ¡Oh, más que á los caminantes, envidiaba todavía á los que gozan de la mar y de la montaña!

Una vez, vagando á través de la ciudad y entreteniéndose en discernir entre los transeúntes á los libres de los subyugados, Sergio Petrovitch reparó en el letrero de un panorama estereoscópico. Entró. Enseñábanse allí montañas, lagos, los maravillosos castillos del rey Luis de Baviera; las fotografías colocadas se sucedían ante sus ojos de tal manera viviente, que se creía sentir el soplo del aire, que se distinguía el lejano azul y reflejarse en el agua los castillos y los bosques. Un barco blanco completamente empavesado trazaba con su proa surcos espumosos, y sobre el puente se agitaban, con trajes de fiesta, hombres, mujeres, niños de quienes hasta se percibía la sonrisa. Luego fué una mansión feudal; sus torrecillas blancas, sus azoteas almenadas sobresalían por el verde del bosque; veía en seguida el interior, las salas majestuosas, el número incalculable de cuadros, el regio esplendor de los terciopelos y de los brocados de peso, la luz del día filtrándose por las altas ventanas góticas sobre el piso. Acodado en el alféizar de una ventana abierta, un hombre, visto de espaldas, indiferente y tranquilo, contemplaba las cimas de las montañas y el cielo límpido, y le parecía á Sergio Petrovitch descubrir lo que el otro percibía: los bosques, las selvas, los valles, el metálico azul de los lagos, y se figuraba qué fresco y puro debía ser el aire que respiraba. Le parecía que en aquellas salas grandiosas de techos altos como el cielo, de ventanas que reflejaban la mitad del universo, no podían encontrar puesto ni la angustia ni las reflexiones negras. Pero, lo más sorprendente, veía á un hombre doblando grotescamente una pierna y enseñando la suela de su calzado, tal como él mismo lo hubiera hecho, y aquel hombre respiraba el aire de las montañas y marchaba á través de aquellas salas grandiosas. En un súbito sobresalto de cólera y tristeza, Sergio reconoció representado aquello mismo que le atormentaba á él y á todos sus semejantes. Ser que jamás poseyó dinero, se figuraba que el dinero le podía procurar el amor; ser que jamás conoció el amor, se figuraba mediante él conquistar la felicidad.

Entonces fué cuando frecuentó las casas de lenocinio, en donde volvieron á encontrarle sus antiguos compañeros. Por encima de la naturaleza vencida y humillada prodiendo en vano sus tesoros con frenesí, su mirada extenuada vió erguirse otro poder espantoso: el dinero. Deslumbrado, aturdido, el dinero se le aparecía dominando á la naturaleza misma. A un nuevo espejismo, su espíritu débil cedió; una nueva quimera pe-

netró en su corazón. Sacó un rublo de su bolsillo y le dió vueltas entre sus dedos con una curiosidad extraña, como si por primera vez hubiera percibido su luciente disco. No caen sin embargo del cielo semejantes discos; él ha podido adquirir uno, podrá igualmente adquirir otros, y con ellos en sus manos el poder misterioso que domina á la naturaleza misma. Como sucede á todo hombre al que obsesiona una esperanza, se puso á pensar no en realizarlo, sino en lo que haría después de la realización. Y por algunos días le sostuvo una nueva serenidad, le llevó á una nueva cumbre de la que también había de caer y para no levantarse más. La posibilidad de poseer un millón entero se le convirtió en certeza, y con mayor fiebre soñó con montañas, con el mar, con la mujer cuyo nombre ignoraba y la cual ignoraba hasta la existencia de él.

No había medio alguno de encarrilar el pensamiento así lanzado y hostigado por la ardiente visión del superhombre, del sér omnipotente en fuerza, en felicidad, en libertad. ¿Cómo, pues, pudo entregarse en otros tiempos á tantos sueños imposibles é infantiles? Muchos caminos llevan al dinero, pero todos cerrados por alguna barrera infranqueable para un Sergio Pietróvitch. Robar, matar, ¿sabría él, para quien todos los actos son anodinos no por su voluntad, sino por una fuerza extraña y desconocida? Las tareas para las que se reconocía verdaderamente apto no le podían procurar ninguna riqueza; y en cuanto á lo demás, especulaciones financieras, matrimonio opulento, todo, en fin, lo que permiten la conciencia y la ley y que, en un año, en un día, proporciona la fortuna, no había que pensar. Una vez demostrado para él que el dinero, muy lejos de reparar las injusticias de la naturaleza, las agrava por el contrario, y que los hombres, la sociedad, concluyen siempre con el individuo estropeado por la naturaleza, la desesperación extinguió definitivamente la esperanza; una negra oscuridad ocupó su corazón. La vida se hizo una celda estrecha de barrotes formidables y sin número, una celda que poseía una única salida...

La suprema fase comenzaba. No salió más que para dirigirse al refectorio, y aun esto en el momento de cerrarse, á fin de eludir todo encuentro con los estudiantes que conocía. Noche y día permanecía echado en la cama, ó bien iba y venía por su cuarto. Sus vecinos y su patrona concluyeron por habituarse al ruido siempre igual de sus pasos, como los del prisionero en su calabozo: uno, dos, tres, hacia adelante; uno, dos, tres, al volverse. El libro dominador reposaba en la mesa, y aunque invariablemente cerrado y cubierto de polvo, una voz serena, enérgica, implacable, salía de él:

«Sino se te logra la vida, si un gusano venenoso corroe tu corazón, sabe que la muerte se te logrará.»

ANDRIEFF.

(Del *Mercure de France*.)

La Revista Blanca, en el número correspondiente al 1.º de Julio, empezará á publicar *El Castillo Maldito*, tragedia basada en el proceso de Montjuich, escrita por Federico Urales.

Crónicas de Arte y de Sociología

PARÍS

Ensayo de psicología sobre los pueblos europeos, por A. Fouillée. Félix Alcan, París.—Théorie de la valeur, por Christian Cornelissen. C. Reinwald, París.—Crainqueville, comedia en tres actos, por Anatolio France.—Un monumento à Hégésippe Moreau, poeta.—Cinquante ans d'amitié (Michelet-Quinet), por la viuda de Quinet. Armand Colin, París.—Autobiographie d'un mangeur d'opium, por Thomas Quincey. Stock et C.^{ie}, París.—Obras en prosa de Shelley. Stock et C.^{ie}, París.—L'évolution des idées chez quelques uns de nos contemporains, por Lionnet. Perrin et C.^{ie}, París.—Les Chrétiens, tragedia, por J. Lombard.—Literatura japonesa, por W. G. Aston.—L'Ixion, poema, por Fajus.—Petit Coeur, por Viollis.—Stalky et C.^{ie}, novela de Rudyard Kiplign. Mercure de France, París.

Alfredo Fouillée es actualmente uno de los espíritus propulsores del movimiento intelectual de Francia. Si no atesora un gran caudal de ideas personales, ofrece, en cambio, una aptitud sobresaliente para ordenar las ajenas, que se asimila con facilidad y expone claramente.

El autor de *La liberté et le déterminisme* ha publicado una obra que ha producido mucha impresión en el mundo de las ideas: *Esquisse psychologique des peuples européens*. No le han faltado detractores que, con verdadera perspicacia crítica, han señalado los junares de ese ensayo; pero no deja éste de revestir grande importancia en muchos respectos, á pesar de las impugnaciones que se le han dirigido desde España, donde le dijeron, sin probárselo, que su libro fantasea lindamente sobre el país; lo cual no es verdad.

Fouillée desarrolla la idea de que los elementos intelectuales, como la cultura y la civilización, influyen más que los factores étnicos en el desenvolvimiento de las sociedades. No carece de exactitud esa observación. Nos sorprende, sin embargo, al espíritu conservador que luego demuestra con su respeto á la tradición y su culto á la nación. Cierta que en el carácter de un pueblo influyen los elementos atávicos; pero también es resultado de la educación, de la imitación mutua y de la adaptación.

Fouillée lleva su prejuicio por la armonía hasta el extremo de afirmar la correspondencia directa entre la voluntad individual y el *querer-vivir* colectivo, que resultan casi siempre opuestos en la realidad. Tampoco, á nuestro juicio, debe tomarse como un axioma eso de que la fisonomía física sea un espejo de la fisonomía moral; pues la observación nos demuestra lo problemático de tal hecho.

Al describir el carácter de los pueblos, dice Fouillée cosas muy justas, demostrando también estar al corriente de las últimas novedades de la historia y la sociología. De ahí que, ocupándose de Grecia, se haga eco de la inadmisión por la gente sabia de que la primera civilización helénica sea de origen asiático, pues se ha probado ya que los *Vedas*, entre otros monumentos orientales, son posteriores á la *Odisea*, donde el espíritu helénico se encarna con sublime esplendor. Pero luego Fouillée cae en el prejuicio de que los griegos fueron oriundos de una raza hiperbórea, dolicocefala rubia, más selecta... que las demás, en su opinión.

Pasemos á la observación analítica de Fouillée sobre el carácter de los pueblos de Europa. El ateniense era de pasiones y de ideas variables; gustaba de la variación y apetecía la novedad. Se complacía en la flor de las cosas y pasaba con prisa de un goce á otro... Antes imaginaba la armonía que la desproporción entre lo real y lo ideal... El ateniense antiguo era un intelectual, y no había mayor deleite para él que el pensamiento... El esclavo griego se hallaba en mejor condición de libertad moral y bienestar material que el proletario moderno.

Fouillée se ocupa del carácter español y, para su análisis, se aprovecha de muchos pensadores reputados y conocidos, así como de la literatura y el arte indígenas. Dice que el español es un espíritu inquieto, de temperamento bilioso, falto de voluntad y sin perseverancia. Explica las causas de su decadencia, que son ya conocidas ahí entre los perspicaces.

El carácter francés se distingue por la facilidad de la simpatía, que permite experimentar en sí la repercusión de los sentimientos ajenos. Su sensibilidad es vivaz, voluble y expansiva. De ahí su jovialidad. Si el francés es burlón y reidor, se mantiene benévolo y amante en el fondo. El francés gusta del proselitismo para comunicar al mundo sus ideas y sus sentimientos. Sus tendencias sociales menguan el desarrollo de la voluntad individual. Su vivacidad intelectual se determina más por una intuición rápida que por una reflexión prolongada. Su cortesía es resultado de la civilización, y su plática tiene la ventaja de hacernos participar de la vida intelectual del interlocutor. El francés adora la gracia, *la grâce souriante*, tanto en el cuerpo como en el pensamiento, y su religión por el gusto se explica en su juicio armónico, hecho de ponderación, de conciliación, de simpatía y de sociabilidad. El francés es razonador y posee en alto grado el espíritu crítico. Gusta del orden lógico en las ideas. La fe en las morales y sociales es uno de sus rasgos característicos.

El espíritu del eslavo tiene mucha analogía con el celta, aunque es algo más bárbaro. Ofrece una volubilidad nerviosa y su sensibilidad es impresionable. Se distingue por la desigualdad de su carácter, cuyo principal atributo es la inconstancia, que le hace pasar de un extremo á otro. Tiene desarrollados los instintos de simpatía; pero el sentimiento de la probidad es en él mediano. Carece de iniciativa creadora y su inteligencia es vivaz, pero *simplista*.

Alemania empezó desde el punto de vista más ideal, más cercano al ensueño, para aproximarse poco á poco á lo real. Las sensaciones del alemán son obtusas y fuertes sus emociones. Su espíritu se nutre en una mezcla singular de idealismo y realismo, y lo noble se codea en él con lo vulgar. El alemán es grosero, paciencioso y laborioso. Ofrece espíritu de rebaño. Tiene mucha voluntad de carácter. El estado de la duda es frecuente en su inteligencia. Oscila del pesimismo al optimismo y viceversa, viéndose cómo el individualismo lleva á Nietzsche, no á la anarquía, sino á la jerarquía: maestros y esclavos. En el alma alemana, la inspiración no se separa de la reflexión. Su filosofía, en la que reina la confusión del caos, es panteísta, naturalista y mística.

La sensibilidad inglesa tampoco es fina; pero revela mucha concentración. La facultad fundamental del inglés reside en la voluntad, en la energía voluntaria: cuanto más obra más gusta el inglés de obrar. Siente admiración por todo lo que da idea de fuerza y de poder. Respeta las costumbres, y su moralidad es la de la ley religiosa de la conciencia ó la ley humana del interés.

De otros pueblos se ocupa Fouillée, ahondando y criticando su carácter moral é intelectual, de lo que se saca mucha lección, haciendo columbrar nuevos horizontes.

De Christian Cornélissen se ha publicado también una importante obra, *Théorie de la valeur*, con la cual se refutan las teorías que, sobre economía social, exponen Rodbertus, Karl Marx, Stanley Jevons y Boehm-Bawerk.

Cornélissen, cumpliendo lo que declara en el prólogo, estudia la cuestión del bienestar material de los hombres y examina particularmente el valor de las riquezas, discutiendo la verdad y la falsedad de muchas opiniones de economistas, para averiguar, por cuenta propia, las leyes que en la sociedad presente regulan el salariado, el capital, etcétera, etc.

El autor no se preocupa sólo de los fundamentos económicos de la vida social, sino también de la constitución y evolución de la vida moral, intelectual y política. La ciencia económica está, á su juicio, íntimamente relacionada con las demás ramas de la filosofía social; pues las condiciones materiales de existencia del género humano forman la base de toda su vida moral, intelectual y política...

*
**

De Anatolio France, ese espíritu armonioso, puso la Renaissance en escena, tiempo atrás, *Crainqueville*, comedia sacada del cuento que, bajo el mismo título, escribió el propio autor.

Con arte exquisito nos hace éste asistir á un espectáculo de la vida cotidiana, del que saca una lección filosófica, y la obra, más que una comedia, parece un caso anecdótico, que está por terminar en drama. Se manifiesta allí la tristeza que siente el escritor cuando contempla á los humildes, con especialidad en el momento que tienen que entenderse con los tribunales de justicia, que tantas veces dispensan injusticia.

Un vendedor callejero de legumbres, por no haberse dado prisa á circular, tiene que comparecer ante el juez, y es condenado por una calumnia de un agente. Esto da origen á una serie de episodios reales y emocionales, que trata France con aticismo. «El juez—escribió el mismo—debería de ser un hombre, á ejemplo del presidente Magnaud.» La palabra piadosa de éste, que se deja oír tan amenudo en el tribunal de Chateau-Thierry, es la que ha inspirado la obra *Crainqueville*, delicada flor de arte humano.

*
**

A principios de Abril se inauguró, en el cementerio de Montparnasse, un monumento á Hégésippe Moreau, el poeta exquisito, que envolviera con adorables sentimientos los actos de su vida.

Durante toda ella fué Moreau un proletario, que surgiera en pleno romanticismo. Entró muy joven de corrector de imprenta en casa Firmin Didot. A los veinte años, en 1830, combatió en las barricadas, quedóse sin trabajo y muchas veces pernoctó en el bosque de Bolonia. Pero no por ello abandonaba la poesía, y bien decía él:

«*La poésie enivre bien souvent.*»

Fué concurrente de la prefectura de policía, y padeció hambre muchas veces:

...«*la Faim, sans qu'il en coûte*
Une heure à mon sommeil, un vers à mes chansons,
Entre et s'assied chez-moi...»

Fué enemigo acérrimo de las convenciones sociales, y su ironía resulta mordaz:

«*Aurai-je assez de patience*
Pour souffrir, sans les bafouer,
Ces beaux esprits, dont la science
Se borne à l'art de saluer!»

Era revolucionario y compuso muchas estrofas contra la realeza; lo cual no le impidió sentir la hermosura de la princesa María, que un día logró ver:

«Blonde et riante sur la portière.»

La obra maestra de Moreau fué su canción *La fermière*, digna de Goethe. La compuso en pago de la hospitalidad gratuita que le ofreció, en el campo, una bondadosa mujer. ¡Pagar con poesía! ¡Qué acto más bello!

*Amour à la fermière! Elle est
si gentille et si douce!*

En Moreau, como en la mayoría de los románticos, se advierte cierta despreocupación de la vida, por la cual no luchan y, sin desear triunfar, caen vencidos por ella.

Moreau, poeta dulce, revolucionario y soñador, murió en el hospital, víctima de la pobreza y de la tristeza, á los veintiocho años.

* *

Con ocasión del centenario de Edgar Quinet, que se celebrará en Marzo, la viuda del hombre eminente publicó un libro sobre la amistad entre aquél y Michelet: *Cinquante ans d'amitié!* Y son interesantes, en verdad, las relaciones intelectuales entre esos dos espíritus activos y fecundos, cuya influencia ha sido tan grande en Francia.

Como pensador, representaba Quinet la evolución del liberalismo en Europa durante más de medio siglo. Su filosofía tiene mucho de misticismo racional, nutriéndose en la historia, en el arte, la filosofía y las ciencias naturales. Quinet estudió extensamente el problema religioso y dejó un vasto programa de educación cívica, que la República francesa ha cumplido, fomentando con el mismo el desarrollo de la conciencia laica entre sus compatriotas. Quinet fué historiador, filósofo, poeta, profesor y hombre político. Su existencia fué de una labor continua.

* *

Savine, que tanto ha contribuido á la difusión de la literatura extranjera en Francia, ha publicado ahora la traducción de la *Autobiographie d'un mangeur d'opium*, de Quincey y las *Obras en prosa de Shelley*.

Quincey, más que un cultivador de la paradoja, más que un enfermo de la sensibilidad, es un espíritu de alta cultura y de sentimientos refinados. Profundamente exactas resultan sus observaciones sobre el carácter y las costumbres inglesas. En muchos de los juicios que vierte Quincey, se ve que éste se había anticipado á su época, hallándose un tanto conforme, en muchos particulares, con el estado presente de espíritu.

Percy Bysshe Shelley, á quien se aplica el verso de Petrarca

Ed in alto intelletto un puro core,

sostuvo durante su existencia una guerra intelectual contra los errores políticos, sociales y religiosos, persiguiendo en tal lucha, un ideal de justicia, de verdad y de libertad. Véase *A refutation of deism*, que ha traducido Savine.

Si notable es Shelley como dialéctico y como polemista, más grande resulta aún como poeta, por cuanto, con su poesía, eleva los sentimientos del corazón humano á una altura metafísica. Su intelectualidad se hace sentimental y sus estrofas comunican tierna dulzura, enunciándose, á la vez, con suave melodía. Shelley ofrece en sus versos una quintaesenciada delicadeza y sugiere visiones de etérea hermosura. Tiene mucho de panteísta, y su poesía aparece llena de montañas, de cielo, de luz y de tinieblas. Frente al espectáculo grandioso de la Naturaleza coloca Shelley al espíritu agitado del hombre.

Leed Alastor y el Epipsychidion.

Con su obra *L'évolution des idées chez quelques uns de nos contemporains*, estudia el arte de Zola, Tolstoi, Hysmans, Lemaitre, Barrès y Bourget; pero no lo hace con originalidad ni con profundidad.

* *

El drama de Jean Lombard, *Les Chrétiens*, sería una obra de gran aliento, si la retórica no se hubiera ensañado tanto en ella. Es, sin embargo, un ejemplo meritorio de paleontología social, con el cual se ofrece la lucha entre las primeras sectas del cristianismo, que se disputaban la posesión del verdadero espíritu de éste.

* *

Se ha traducido *La historia de la literatura japonesa*, del escritor inglés W. G. Aston. El libro resulta de mucha utilidad, por lo fragmentarios que son los estudios que, hasta aquí, se han hecho sobre aquella literatura.

Aston, en su historia, se ocupa del Período arcaico (700 años antes de nuestra era); del Período Nara (siglo VIII); del Período clásico Heian (800-1180); del Período Kamakura (1186-1332), en que se produce la decadencia de la erudición; del Período Nambokú-tcho (1332-1392) y Muromatchi (1392-1603); del Período Yedo (1603-1868), y del Período Tokio (1868-1900).

Como penetración crítica, descuella Aston en su estudio sobre la poesía japonesa, que se distingue por su emoción suave y sus imágenes vaporosas.

* *

Ixion, el poema de Fagus, es una obra poética de categoría filosófica, en la que se advierte cierta originalidad y mucha libertad literarias.

* *

Viollis, con el título *Petit Coeur*, publicó una novelita, con la que el autor observa el descapullar de un alma adolescente. El libro es sano, á pesar de la difusión de pormenores, é impresiona al lector culto.

* *

De Kipling, el poeta del imperialismo inglés, que tan nefasto es para el progreso humano, se ha publicado ahora *Stalky et Co.* en francés. En esa obra, que forma una serie de relatos, observa Kipling con vigor y con agudeza á varios individuos que, de la vida pacífica de la escuela, pasan á la existencia inhumana del soldado y á la corrupta del hombre de Estado.

J. PÉREZ JORBA

20 Abril 1903.

Las excepciones á la ley de la herencia

I

El estudio de las leyes de la herencia no sería completo sin el examen de las excepciones. Nada hace comprender mejor la naturaleza de una ley que el conocimiento de las anomalías.

Aquí sobre todo es indispensable, porque las infracciones á la transmisión hereditaria son tan numerosas y tan llamativas, que más de una vez cabe preguntarse, dudando, si existe, efectivamente, la ley bajo los fenómenos que la enmascaran. Así se explica que el

autor del tratado más completo sobre este asunto, y otros muchos después de él, hayan creído poder poner enfrente de la herencia una ley igual y contraria, la del *innatismo*, que á su entender explica las excepciones.

Antes de discutir esta hipótesis y de mostrar cómo la herencia puede explicar las excepciones lo mismo que los casos regulares, comenzaremos, según nuestro método habitual, por exponer algunos hechos á la consideración del lector.

En el orden fisiológico estas excepciones son fáciles de comprobar desde el punto de vista de la estructura externa é interna; de la fisonomía, de la talla, de la constitución, del temperamento.

Aunque en general los hermanos y las hermanas tengan «un aire de familia», no es raro, sin embargo, que haya entre ellos tal diversidad de rasgos y de semblantes que nada exteriormente deje suponer su comunidad de sangre. Algunas veces esta diferencia se observa aun entre los gemelos. Un autor antiguo, citado por Lucas, se pregunta «de dónde viene que en Roma, rústicos sin semblante humano y mujeres de la hez del pueblo, de fisonomías repugnantes, dan vida á hijos é hijas de encantadora belleza, y de tal perfección de formas que no se encuentran semejantes ni en los palacios de los señores ni en las cortes de los príncipes». (1)

Padres y madres bien derechos, que no han tenido nunca jorobados en su familia, producen hijos jorobados ó deformes. Padres y madres jorobados han tenido hijos derechos.—A veces padres de estatura media engendran hijos de estatura elevada. Otros padres de alta estatura, sanos y de familias bien constituídas, engendran hijos de talla muy baja. Un hombre tuvo de su mujer ocho hijos, cuatro de los cuales eran enanos. Bebé, el famoso enano del rey Estanislao, cuya estatura era de 33 pulgadas, nació en los Vosgos, de padres bien formados, vigorosos, sanos. El gentilhomme polaco Borwlaski, de 23 pulgadas de alto, tenía un hermano y una hermana enanos como él, y tres hermanos de cinco pies y medio. (2)

Las idiosincrasias que consisten en el predominio de un órgano, de una víscera ó hasta de un aparato completo, presentan igualmente casos de *innatismo* curiosos. Las constituciones de familia, como dice P. Lucas, comienzan muy frecuentemente por individuos, y las constituciones más arraigadas, las más generales en el seno de las familias, no son, sin embargo, las de todos los miembros.

Se pueden citar especialmente, como hechos notables de *innatismo*, los que Zimmermann llama excepciones en el temperamento. Ha recogido un gran número de ejemplos: un hombre que experimenta dolores inauditos al hacerse cortar las uñas; otro grande angustia al lavarse la cara con una esponja. Para otros el café produce vómitos, la jalapa constipado. Hahn no podía comer más de siete ú ocho granos de fresa sin sufrir convulsiones, ni Tissot tragar azúcar sin vomitar.

Se juzgará, por lo demás, inútil enumerar un gran número de hechos de *innatismo*, si se hace esta reflexión bien sencilla: que las particularidades de organización, las variedades congénitas ó naturales, son necesariamente excepciones á la herencia; así la polidactilia, la ectrodactilia, el labio leporino y todas las deformidades de esta naturaleza comienzan por una desviación del tipo específico. Recordemos el célebre ejemplo de Edward Lambert «el hombre puerco-espín», cuyos padres eran sanos y bien conformados, pero que transmitió á sus hijos un extraño caparazón; de suerte que la herencia, como se ve por estos hechos, concluye imponiéndose por sí misma á sus propias excepciones.

(1) ¿No será esto un efecto de atavismo?

(2) Lucas, I, 10, y Burdach, II, 327

En los animales, todas las variedades que no son debidas á cruzamientos, sino á modificaciones espontáneas, resultan igualmente del innatismo y de la herencia: del innatismo por su origen y de la herencia por su conservación; así los toros sin cuernos ó *mochos*, de la República Argentina, las gallinas sin cola, enanas, calzadas, etc.

Si pasamos del orden fisiológico al psicológico, encontraremos casos no menos chocantes de innatismo.

Los frenólogos han acumulado hechos para demostrar que en los animales, en los cuales no vemos más que uniformidad de costumbres, de caracteres, de aptitudes psíquicas, hay entre los miembros de una misma familia diferencias individuales, que no siendo resultado de la educación, son debidas al innatismo. En una camada de lobeznos, arrebatados á su madre, dice Gall, y criados todos de la misma manera, uno de ellos se amansó y llegó á ser dulce como un perro, y los otros conservaron su natural feroz (1).

En los gemelos, hay á veces contrastes extremados de gustos, inclinaciones é ideas.

Lo que es más curioso aún es que los monstruos dobles, cuando consiguen vivir, pueden tener constituciones psíquicas diferentes. M. Serres, lo ha observado á propósito de Rita y Cristina. Las gemelas de Presburgo, que estaban unidas solamente por la extremidad posterior del tórax, diferían completamente de carácter. Una era hermosa, dulce, reposada, poco sensual; la otra, fea, malévola, disputadora, ardiente. Las violencias de la última contra su hermana y sus disputas habían llegado á ser tan frecuentes que, en el convento en que las había colocado el cardenal de Sajonia-Zeits, se vieron obligados á consagrarles una vigilante que no las perdía nunca de vista. Vivieron á despecho de estas desuniones hasta la edad de veintidós años.

¿Cómo, se ha dicho, dudar de la ley de innatismo, cuando se ven grandes hombres, que renacen en hijos indignos de ellos? «¿Por qué singular capricho de la naturaleza, del sabio Pericles pudieron salir dos tontos como Paralos y Xantipos, un furioso como Clinias? ¿Del íntegro Aristipo un infame Lisimaco? ¿Del grave Tucídides un inepto Milesias, un estúpido Estefanos? ¿De Foción el atemperado, un disoluto como Focus? ¿De Sófocles, de Aristarco, de Sócrates, de Temístocles, hijos indignos?» Se ha recorrido así la historia romana, notando las mismas diferencias: Cicerón y su hijo, Germánico y Calígula, Vespasiano y Domiciano, Marco Aurelio y Comodo. En la historia moderna, dice P. Lucas: «los hijos de Enrique IV, de Luis XIV, de Cromwel, de Pedro el Grande, como los de La Fontaine, de Crébillon, de Goethe y de Napoleón, dispensan otros muchos nombres que podrían citarse.» (2)

Por nuestra parte, no aceptamos esos ejemplos como hechos comprobantes de innatismo. La mayor parte son dudosos y muchos falsos. No basta decir: tal hombre ilustre tiene hijos mediocres, para concluir de ello que la herencia está en falta. El hijo que no hereda de su padre puede perfectamente heredar de su madre. Hemos visto que este caso es tan frecuente, que hay autores que han hecho de él una regla.

Entre los ejemplos citados por P. Lucas hay algunos en los que la herencia materna no es dudosa: Comodo, Luis XIII, Goethe, Napoleón II. Es probable que para buen número de ellos, particularmente para los que se han tomado de la historia griega, si tuviésemos datos exactos sobre las mujeres de esos grandes hombres y sobre sus ascendientes inmediatos, nos sería fácil demostrar en esos personajes oscuros ó disolutos los herederos de su madre ó de sus abuelos. Así la herencia volvería á recobrar gran número de hechos que se le han sustraído por error.

(1) P. Lucas, I, 153.

(2) Gall, *Fonctions du cerveau* II, 420.

De todos modos, no queremos negar que hay excepciones y muy graves. Pero una manera más concluyente de determinarlas no es hacer notar que un grande hombre tiene hijos medianas, lo que no prueba nada, sino que en las familias oscuras aparece de pronto un grande hombre. Ahora bien, este caso no es raro. Con frecuencia, dice Burdach, los padres tienen facultades intelectuales muy limitadas, y todos sus hijos anuncian las más felices disposiciones. Frecuentemente de padres muy sencillos es de donde salen los hombres superiores, esos espíritus cuyo influjo se hace sentir durante millares de años, y cuya presencia era una necesidad para la humanidad en los momentos en que vinieron á la vida. Los más grandes hombres pertenecen á familias vulgares, pobres ó desconocidas». (1)

En la raza negra, cuya incapacidad es tan justamente reconocida, los antropólogos han dado á conocer nombres de individuos dotados de facultades notables. Toussaint Louverture no era ciertamente un político ordinario. Según Pritchard, hasta entre los estúpidos esquimales, hasta en los groenlandeses pueden producirse hombres inteligentes.

La conformación particular de ciertos órganos de los sentidos ó su falta absoluta, son hechos de innatismo, á la vez fisiológico y psicológico. Hay personas cuyos ojos son incapaces para distinguir un color determinado, el azul, el rojo, el amarillo. Otros nacen ciegos de padres que tienen buena vista.—La sordo-mudez en gran número de casos, no tiene explicación alguna por parte de los autores de la generación. Los médicos han citado muchos casos de familias en que los padres, que oían y hablaban muy bien, han tenido hijos todos sordo-mudos.—En fin, el gusto y el olfato padecen á veces, sea anestesia parcial, sea insensibilidad absoluta, sin que ninguna transmisión hereditaria explique tal fenómeno.

Mencionemos, para concluir, las idiosincrasias psicológicas y los hechos de excepción en el orden mental. La psicología, como la fisiología, tiene sus casos raros; desgraciadamente no ha habido tanto cuidado para mencionarlos y describirlos. Sin hablar de la locura, del idiotismo, de la alucinación, que puede producirse, en apariencia al menos, sin ningún antecedente visible en los ascendientes, hay estados puramente morales que se encuentran en cierta clase de criminales, homicidas, ladrones, incendiarios, y que para los que se colocan fuera de los prejuicios y opiniones recibidas no pueden considerarse más que como accidentes psicológicos más tristes y no menos incurables que la sordo-mudez y ceguera. Hemos dado muchos ejemplos de estas anomalías y de su herencia; pero se presentan también con frecuencia en forma de casos aislados y no transmisibles de monstruosidades morales. Estos seres, como dice Lucas, no tienen de hombre más que la cara; tienen algo del tigre y de la bestia en su sangre, son inocentemente culpables y á veces capaces de todos los crímenes.

II

Después de haber demostrado con hechos de todo género que existen excepciones graves á la ley de la herencia, falta explicar esas excepciones. Hemos visto que es perfectamente claro é incontestable que la herencia es la ley, que esto no puede ponerse en duda, que aun en los casos que calificamos de excepciones la excepción no es nunca sino parcial, puesto que, cuando por casualidad la herencia no transmite los caracteres individuales, transmite al menos los caracteres específicos. La cuestión no es, pues, saber si la herencia es una ley biológica, sino si esta ley es absoluta. Como las excepcio-

(1) Burdach II, 245. Veremos más adelante en qué medida este hecho es explicable.

nes no son menos indudables que la ley, y como necesariamente deben tener una causa, hay que hacer más que una de estas dos hipótesis:

Decir que existe en la naturaleza una causa esencial, permanente, cuyos efectos son los fenómenos de innatismo; en otros términos, que el hecho biológico de la generación está regido por dos leyes: la del innatismo y la de la herencia, no siendo la ley más que la expresión de lo que hay de constante en la producción de los fenómenos, la relación invariable que existe entre la causa y los efectos; esta es la tesis que ha sostenido P. Lucas y que después ha llegado á ser clásica.

O bien decir que sólo hay causas *accidentales* de innatismo, que éste no es nunca más que una casualidad, un resultado del juego y del concurso fortuito de las leyes naturales, pero que no es nunca efecto de ninguna ley distinta y especial; de suerte que hay una ley de herencia con sus excepciones, y no dos leyes, una de herencia y otra de innatismo. Esta segunda tesis es la nuestra. Pero, antes de exponerla, debemos discutir la opinión contraria.

El Dr. Lucas ha dado una explicación completa de ella fundándola en principios filosóficos. Para él, todo ser vivo, considerado en su origen, es decir, en su generación, es el producto de dos leyes, que coloca en el mismo plano y al mismo nivel. Una es la *ley del innatismo* por la cual la naturaleza crea é inventa sin cesar. Otra es la *ley de la herencia*, por la cual la naturaleza se imita y se repite continuamente. La primera es el principio de *lo diverso*; la segunda el principio de *lo semejante*. Si existiese una sola, no habría en el mundo de la vida más que diferencias infinitas en número; si sólo existiese la otra, no habría más que semejanzas absolutas. Pero, juntos estos dos principios, explican cómo todos los seres vivos de la misma especie pueden ser á la vez semejantes entre sí por sus caracteres individuales.

Si colocándose desde un punto de vista metafísico se examina la cuestión aquí planteada, no se puede negar que suscita un problema difícil. La Edad Media lo agitó vivamente bajo el nombre de «problema de la individuación». Véase, en dos palabras, la alternativa que suscita: si se considera lo general como la realidad verdadera, se deberá lógicamente deducir que el individuo no es más que un fenómeno pasajero y sin valor, resultado efímero de leyes que se cruzan y se combinan de mil maneras, en el desenvolvimiento infinito del mundo: y, para hablar como P. Lucas, se afirmará lo semejante negando lo diverso; la herencia será la ley; el innatismo la excepción. Si, por el contrario, se considera el individuo como una realidad, como una especie de monada, gobernada y oprimida por las leyes de la naturaleza, sin conseguir modificar lo que hay en ella de esencial, de impenetrable, entonces se colocará lo diverso sobre lo semejante y se sacrificará la herencia al innatismo.

No hemos emprendido un estudio de psicología experimental; no tenemos, pues, que discutir este problema de metafísica. Basta citarle de pasada; si descendemos al terreno de la experiencia, es imposible seguramente negar la existencia de lo diverso, porque se nos da á título de hecho. En la naturaleza no existen dos seres semejantes. Cuando consideramos un gran rebaño de carneros, si no vemos nosotros entre la mayor parte de ellos ninguna diferencia, el ojo ejercitado del pastor puede distinguirlos individualmente. Sabido es que los cortesanos de Alfonso X buscaron en vano dos hojas semejantes. Pero si lo diverso existe, ¿no se explica por una ley especial? No lo creemos así.

La herencia puede desempeñar, en virtud de su misma ley fundamental, el papel de esa fuerza de innatismo, imaginada por P. Lucas. Para nosotros hay hechos de innatismo, debidos á causas accidentales; no hay ley de innatismo. Mejor dicho aún, la ley de

P. Lucas es contradictoria. En efecto, para comprender hasta qué punto el innatismo tiene poco carácter de ley, hay que fijarse en que la ley es idéntica á los fenómenos que rige, puesto que sólo es la expresión de lo que hay en ellos de permanente y de esencial, y que permite predecirlos. Si suponéis la ley de herencia obraudo sola, sin influjos perturbadores, se puede predecir que el producto se parecerá á uno de sus padres ó á los dos. Pero suponed una ley de innatismo, no hay ninguna predicción ni previsión posible, puesto que todo puede producirse, puesto que la diversidad es la regla: este es el desorden permanente. Ahora bien: no se podrá nunca deducir de esto una ley. Una ley se descubre por un trabajo de abstracción y de generalización que no puede aplicarse á casos totalmente diversos, puesto que hay que buscar justamente las semejanzas y eliminar las diferencias. Todos esos casos sueltos, todas esas diversidades que no se pueden agrupar en haz se llaman *anomalías*; es decir, hechos sin leyes. Está bien que se hable de hechos de innatismo; pero una ley de innatismo es una contradicción en los términos. Allí, donde por hipótesis no hay dos efectos que se parezcan, se puede en rigor admitir la intervención arbitraria de una potencia creadora, pero de ninguna manera la acción regular y constante de una ley.

Es, pues, imposible reconocer dos leyes antagónicas, una la herencia y otra el innatismo. Añadiremos que las doctrinas contemporáneas sobre el origen de las especies y su evolución no admiten nada que se parezca á una ley de innatismo. Aparte de la selección y de la herencia, que son los factores principales de esta transformación, suponen lo que Vallace llama «la tendencia de las variedades á alejarse indefinidamente del tipo original»; pero esta tendencia, que es la parte primera de toda variación, es debida á acciones del medio, es decir, á causas accidentales y fortuitas, de ninguna manera á una entidad inteligible, á la ley hipotética de P. Lucas.

Si no existe, pues, la ley de innatismo, no hay más que considerar los hechos precitados como excepciones á la ley de herencia. ¿Cómo explicarlas? Atribuyéndolas, no á una causa sino á varias causas. Seguramente es mucho más fácil decir siempre que falta la herencia: esto es un resultado del innatismo; éste es el que hace que tal grande hombre ó tal criminal se produzca bruscamente en tal familia. Pero importa poco que la explicación sea sencilla si es quimérica. Y es que en realidad no hay problema más difícil, más complicado que el de darse cuenta de estas excepciones y demostrar cómo la herencia puede transformarse hasta el punto de llegar á ser incognoscible. En el estado actual de la fisiología y de la psicología, es imposible explicar estos casos excepcionales de un modo completo, satisfactorio. No es posible más que entrever explicaciones.

Las excepciones á la ley de la herencia me parecen reductibles á dos categorías:

- 1.^a Las que proceden de la herencia misma, y por consiguiente sólo son aparentes.
- 2.^a Las que resultan de causas extrañas á la herencia.

CH. RIBOT.

La perla negra

(CONTINUACIÓN)

VI

Baltasar y Cornelio mirábanse pálidos... ¡Cristiana!... ¡La linda Cristiana!... ¡Su Cristiana, tan buena, tan dulce... una ladrona!... ¡Ni por piensó!—Y, sin embargo, recordaban su origen y la manera cómo había entrado en la casa... Después de todo no era más que una bohemia...—Baltasar se había dejado caer en una silla, como un hombre embriagado. En cuanto á Cornelio, le parecía que acababan de quemarle el corazón con un hierro hecho ascua, y que iba á morir de resacas...

—¡Veamos, pues, á esa Cristiana—dijo M. Tricamp, sacándoles de pronto de su estupor—y visitemos su alcoba.

—¡Su alcoba!—respondió Baltasar, tratando de levantarse.—¡Pues ahí está su alcoba! Y señaló á la ventanilla redonda del tabique.

—¡Y no lo han adivinado ustedes todos—replicó sonriéndose el agente de policía.

—Pero—dijo Cornelio haciendo un esfuerzo por hablar—¡ha tenido que oírnos!

Tricamp agarró la lámpara, salió de prisa, empujó la puerta de la habitación próxima, y entró en el dormitorio de Cristiana seguido por los jóvenes... ¡El cuarto estaba vacío!...

Los tres prorrumpieron el mismo grito: «¡Ha huido!»—M. Tricamp se cercioró en un periquete de que no se había deshecho la cama, y al mismo tiempo, de que nada habían escondido en el colchón ni en el jergón.

—Ni siquiera se ha acostado—dijo.

En el mismo instante oyeron ruido en el zaguán; abrióse bruscamente la puerta del salón y entró el agente puesto por Tricamp de centinela, empujando hacia adelante á Cristiana, quien parecía sorprendida más que asustada.

—Señor Tricamp—dijo el agente—es una joven que iba á salir, y á la cual he detenido cuando descorría el cerrojo.

Cristiana los miraba á todos con un asombro tan natural, que todo el mundo se hubiera compadecido de ella... excepto M. Tricamp.

—Pero ¿qué quieren ustedes hacerme?—dijo ella al agente, que cerraba la puerta.—¡Don Baltasar, dígales usted quién soy!

—¿De dónde vienes?—dijo Baltasar.

—De arriba—contestó ella.—Gúdula tiene miedo á los truenos; como retumbasen aún cuando subió á acostarse, me rogó que la hiciese compañía, y he dormido en su cuarto sobre una butaca. Me desperté, he visto que había mejorado el tiempo y he bajado para meterme en la cama; iba á cerciorarme de que no se le había olvidado á usted echar el cerrojo, cuando ese señor me ha detenido... ¡Buen miedo me ha hecho pasar!...

—Miente usted—replicó bruscamente M. Tricamp.—Iba usted á descorrer el cerrojo para salir, y no se ha acostado usted por no tomarse la molestia de volver á vestirse, y para atisbar más fácilmente el momento oportuno de huir.

Cristiana le miró con el aire más cándido del mundo.

—¡De huir! ¿Qué fuga es esa?

—¡Ah!—murmuró M. Tricamp—¡Tenemos aplomo!

—Ven aquí—dijo Baltasar, á quien aquella escena daba fiebre—¡Acércate y te contestaré!

Cogió del brazo á la joven y la llevó al gabinete.

—¡Jesús, Dios mío!—exclamó la joven desde el umbral.—¿Quién ha hecho esto?

Parecía tan sincero el grito, que hubo un segundo de vacilación; pero las emociones de M. Tricamp duraban poco. Condujo á Cristiana hasta el escritorio; y, señalándola la tapa rota, la dijo brutalmente:

—¡Eso es cosa de usted!

—¡Yo!—exclamó Cristiana, dando muestras al pronto de no saber lo que la querían decir.

Miró con aire alhelado á Baltasar y luego á Cornelio... Después, volviendo la vista á la mesa de escribir, reparó en el cajón vacío... Y entonces, cual si de pronto comprendiese, gritó con desgarrador acento:

—¡Ah!... ¡Dice usted que yo le he robado!

Nadie tuvo valor de contestar. Cristiana dió un paso hacia Baltasar, quien bajó los ojos ante su mirada... De repente, llevóse la mano al corazón, como si se ahogara... trató de hablar, pronunció dos ó tres palabras incoherentes, entre las cuales sólo se distinguen las de «¡Robado!... ¡Yo!... ¡Robado!... ¡Yo!...» y desplomóse en el suelo como una muerta. Cornelio precipitóse encima de ella y la levantó, estrechándola entre sus brazos.

—¡No!—exclamó.—¡No... es imposible!... ¡Esta criatura no es culpable!

Corrió á la alcoba inmediata y acostó á la joven en la cama. Baltasar le seguía conmovido; M. Tricamp, siempre risueño, iba á entrar en pos, cuando uno de los agentes le tiró con suavidad de la manga...

—Con su permiso, señor Tricamp; ya tenemos una noticia acerca de esta joven.

—Veamos la noticia—dijo Tricamp bajando la voz.

—Mientras mi compañero estaba de ojeo en la calle, el panadero de enfrente le ha contado que esta tarde, poco antes del trueno gordo, ha visto asomarse á la señorita Cristiana por la ventana de la habitación grande que da á la calle. Echó un bulto á un hombre de capa y sombrero ancho...

—¡Un bulto!—dijo con presteza Tricamp.—¡Bien, perfectamente! Apunte el nombre del testigo y continúe vigilando los alrededores de la casa; pero antes, vaya á buscarme el ama de gobierno... Duerme en el primer piso.

Los agentes se alejaron y M. Tricamp entró en el cuarto de Cristiana.

Cristiana seguía echada en la cama, desvanecida aún, á pesar de los esfuerzos de Cornelio para reanimarla. Sin detenerse á verla, M. Tricamp se puso á examinar la alcoba y vió en primer término, encima de la cómoda, el ventanillo redondo que daba al gabinete de Baltasar, y el papel de la pared tan hábilmente despegado como en la otra pieza. Cogió una silla, la puso encima del mármol de la cómoda, y, midiendo la distancia, convencióse de que por medio de esta improvisada escalera era lo más fácil del mundo el escalamiento.

Al cabo de algunos minutos de reconocer la misma cómoda, volvióse á Baltasar con la sonrisa en los labios...

—Después de todo—dijo este último, quien contemplaba tristemente á la joven inmóvil y yerta,—¿qué pruebas hay de que haya sido ella?

—Pues... ¡estal!—respondió M. Tricamp, poniéndole en la mano una de las perlas negras, desprendida del medallón.

—¿Dónde la ha encontrado usted?—dijo Baltasar.

—¡Ah!—contestó el agente de policía.

Señalaba á un cajón de la cómoda, todo lleno de objetos pertenecientes á Cristiana, y el cual había quedado abierto por descuido.

Baltasar corrió al mueble, sacudió los vestidos y la ropa blanca, lo revolvió de arriba abajo todo en aquel cajón y en los demás... pero inútilmente... El medallón no estaba allí. Miró en torno suyo; aquella cómoda, la cama y una mesa sin cajón eran todo el ajuar de Cristiana. No había cofre, ni armarios, ni nada que pudiera servir para guardar los objetos robados.

Reanimábase la joven. Abrió los ojos y miró á todos los circunstantes; haciendo al fin memoria, volvió la cabeza y se deshizo en llanto, escondiéndose bajo la almohada.

—¡Ah!—murmuró Tricamp.—¡Ya hay lágrimas!... ¡Vamos á confesar!

Y suavemente se inclinó hacia ella, diciendo con voz más dulce:

—¡Vamos, hija mía, un buen impulso!... ¡Confiese usted que no ha podido resistir una mala tentación!... ¡Ah, Dios mío, no hay nadie perfecto!... Tendremos á usted todas las atenciones que se le deben á una muchacha encantadora... Con que un poco coqueta, ¿eh?... ¿Nos gusta adornarnos para estar aún más guapa?... ¿Con que queremos agradar á alguien?...

—¡Ah! ¡Por Dios, caballero!...—dijo Cornelio.

—¡Chito, joven!—replicó á media voz M. Tricamp.—Tenga usted la seguridad de que hay un cómplice.

É inclinándose de nuevo hacia Cristiana, añadió:

—¿No es cierto, querida mía, que usted es?...

—¡Ah!—exclamó Cristiana irguiéndose de pronto.—¡Máteme usted..., pero no lo repita!

Fué tan vivo el apóstrofe, que M. Tricamp saltó hacia atrás.

—Caballero—le dijo Baltasar—haga usted el favor de dejarnos solos con esta criatura; la presencia de usted la irrita, y nosotros sacaremos de ella mejor partido que usted. M. Tricamp hizo una reverencia:

—Como usted guste, caballero; pero desconfíen ustedes. ¡Qué buena pieza!

Y salió de allí...

VII.

Cornelio cerró bruscamente la puerta tras él. Después ambos jóvenes se acercaron con dulzura á Cristiana, la cual se había sentado en la cama, mirando de frente, con los ojos fijos y ya sin lágrimas, estremeciéndose de fiebre todo su cuerpo.

—Vamos, Cristiana, hija mía—dijo Baltasar, tratándola de cogerle la mano crispada sobre el lecho,—ahora estamos ya solos; está usted entre amigos, nada más... ¿Hablará usted?

—¡Yo no quiero estar aquí!—dijo Cristiana con voz ronca y seca.—¡Quiero irme!... ¡Déjeme usted que me vaya!...

Cornelio la hizo con dulzura volver á sentarse, diciéndola:

—No puede usted salir, Cristiana; no puede usted hacerlo sin contestarnos.

—Díganos usted la verdad—añadió Baltasar;—se lo suplico, Cristiana; toda la verdad, hija mía... Nada le harán á usted, se lo juro por mi honor... Yo la perdonaré, y nadie lo sabrá; se lo juro á usted, Cristiana... ¿No me oye usted?...

—Sí, señor—contestó Cristiana, que no le escuchaba.—¡Ay! ¡No puedo ya llorar!.. ¡Ah, si pudiese llorar!... ¡Hágame usted llorar!...

Cornelio miró á su amigo con aire inquieto. Cogió á la joven las manos ardorosas, y estrechándolas dulcemente entre las suyas la dijo con toda la ternura posible:

—Cristiana, hija mía; hay misericordia para todos, y nosotros la queremos demasiado para no ser compasivos. Escúcheme, se lo ruego. ¿No me conoce usted ya?

—Sí—dijo Cristiana mirándole;—y se la humedecieron los ojos.

—Pues bien; yo la quiero, yo... bien lo sabe usted,.. ¡yo la quiero con todo mi corazón!

—¡Ah!—exclamó la joven enternecida y derramando lágrimas.—¡Usted es quien dice queyo he robado!

—Pues bien; ¡no!—respondió Cornelio con presteza.—¡No, yo no lo digo! ¡No yo no lo creo! Pero, niña querida, ya ve usted que necesito ayuda para justificarla y encontrar el culpable. Y por eso hay que ser franca conmigo y decirme todo ¡tódol!...

—¡Sí; usted es bueno!—respondió Cristiana llorando.—¡Usted se apiada de mí, y no cree lo que dicen! ¡Defiéndame usted!... ¿No ve usted lo estúpidos que están con su robo!... ¿Y qué quieren que robe aquí yo?... ¿Es que esta casa no es todo mi corazón?... ¿Hay en esta pared—prosiguió con más exaltación, golpeando en la pared—hay una sola piedra que yo no adore?... ¿Hay quien robe su propia vida y su propia sangre? ¡Y decir que ya no está aquí mi buena madre!...—Es el nombre que daba á la señora Van der Lys.

—¡Ah, si ella estuviese aquí... os haría meter bajo siete estados de tierra con vuestro robo!... Pero estoy sola ¿no es así? Y se me acusa porque soy una bohemia... porque he robado cuando era pequeña... Y me llaman ¡ladrona!... ¡ladrona!... ¡ladrona!... ¡Me llaman ¡ladrona! Volvió á desplomarse en la cama sollozando.

Baltasar no pudo contenerse más. Se echó de rodillas ante la cama, y con la voz más humilde y suplicante, como si él mismo hubiera sido el culpable, exclamó:

—¡Cristiana, hermana, hija, criatura mía, mírame!... ¡Estoy de rodillas, ya lo ves! Te pido perdón por todo el daño que te he hecho. No hay más que decir, no se hablará más de esto, se acabó!... ¿Oyes?... Pero supuesto que me quieres... no querrás mi desgracia, ¿no es así?... ¿No querrás compensar con penas y tormentos los beneficios que has recibido? Pues bien; si sabes dónde está mi medallón, conjúrate, no te pregunto dónde está, ¿entiendes?... no quiero saberlo... me da lo mismo...—Pero si tú lo sabes, te lo suplico, por el nombre de mi madre á quien tú llamabas madre tuya, haz que yo lo encuentre... ¡nada más que él sólo! Toda mi vida depende de él; y quien me lo quitó me ha privado de toda mi ventura... Devuélveme mi medallón... ¿quieres, di?... ¿quieres devolvérmelo?

—¡Oh!—dijo desesperada Cristiana.—¡Si en la sangre de mis venas estuviese, ya lo tendría usted!...

—¡Cristiana!...

—¡Pero yo no lo tengo!... ¡No lo tengo!... ¡No lo tengo!...—dijo ella retorciéndose las manos. Desesperado Baltasar se enderezó de un salto.

—¡Pero, desdichada!...

Cornelio le detuvo... y Cristiana se llevó ambas manos á la frente, y dijo riéndose:

—¡Ah! Cuando me haya vuelto loca... se concluyó, ¿no es así?

Y desfallecida, tapándose la cara, como resuelta á no ceder más, doblóse sobre sí misma.

VIII

Cornelio se llevó á Baltasar fuera de la alcoba; le veía tambalearse como un hombre que sufre un vértigo. En el salón encontraron á M. Tricamp que no perdía el tiempo. Había hecho bajar á la vieja Gúdula, quien, despertándose con sobresalto, medio sorda y sin comprender nada de lo que pasaba, respondió á sus preguntas llorando y lamentándose.

—Vamos, vamos, buena mujer la dijo M. Tricamp;—tranquílese usted.

—¡Jesús, Dios mío! ¡Mi buen amo!—exclamó Gúdula al ver á Baltasar.—¿Pero qué sucede? ¡Me han despertado tan bruscamente!... ¡Ay, Dios mío! ¿Para qué me quieren?

—Serénate, mi buena Gúdula—respondió Baltasar.—No se trata de tí... Pero me han robado, y buscamos al culpable.

—¿Han robado?

—Sí.

—¡Ay, Dios mío!—prosiguió desesperada la pobre sirvienta anciana.—¡Pero si jamás de los jamases ha ocurrido eso! ¡Treinta años llevo en la casa, y nunca ha faltado un alfiler!... ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Y había de suceder eso antes de que yo me muriera!...

—Vaya, veamos—replicó M. Tricamp—respóndame usted sin lamentarse, buena mujer.

—Hable usted un poco alto—dijo Baltasar—ya sabe usted que está sorda.

—Queremos saber—dijo Tricamp alzando la voz—si estaba usted en casa cuando han robado.

—Pero, señor, ¿si no he salido!

—¿Nada, nada?

—No, señor; porque presentía la tempestad, y á causa de mis muchos años no tengo piernas esos días.

—Entonces—dijo Baltasar—¿estabas en tu cuarto?

No, señor; toda la tarde he estado en el salón haciendo media junto á la lumbre.

—¿Y ni siquiera te has movido para ir á la cocina?

—No, señor.

—¿Tiene usted buena vista, mujer? preguntó Tricamp.

—¿Señor?...—dijo Gúdula, que no oía bien la pregunta.

—Pregunto—repitió Tricamp—¿si tiene usted buenos ojos?

—¡Oh! En cuanto á eso, sí, señor. Oído, no; es un poco duro. Pero los ojos aún marchan bien, lo mismo que la memoria.

—¡Ah, tiene usted buena memoria! Pues bien; ¿qué personas han venido por la tarde?

—Señor, ha venido el cartero; y luego una vecina para pedirme un rodillo de amasar pasteles... y después Petersen, que ha venido á pedir no sé qué cosa á Cristiana.

—¡Ah!... ¿Quién es ese Petersen?

—Es un vecino, señor; un vigilante nocturno, mi amo le conoce mucho.

—Sí—dijo Baltasar á Tricamp—es un pobre diablo que ha perdido la mujer hace un mes, y tiene enfermos á sus dos hijitos... Un buen hombre á quien se le hacen aquí algunos favores...

—Y ese Petersen—continuó Tricamp—¿ha entrado?...

—No, señor—respondió Gúdula;—solamente ha hablado con Cristiana por la ventana.

—¿Para decirle?...

—No he oído, señor...

—¿Y después de él?... ¿Nadie?...

—Gúdula se hizo repetir la pregunta, y respondió:

—¡Nadiel!...

—¿Y dónde estaba Cristiana—prosiguió Tricamp—mientras usted hacía calceta?

—Pues bien, señor; esa criatura iba y venía como siempre; cuidaba de la cocina por mí, puesto que yo no podía. ¡Es tan complaciente!

—Pero ¿no estaría siempre en la cocina?...

—No, señor; al cerrar la noche ha entrado en su alcoba.

—¡Ah! ¿Con que ha entrado en su cuarto, no es así?

—Sí, señor; para componerse un poco, á causa de la cena.

—¿Y estuvo mucho rato en su habitación?

—Una hora, señor.

—¿Una hora?...

—Sí, señor, ¡una hora larga!

—¿Y nada oyó usted en ese tiempo?

—¿Qué dice usted, señor?

—Pregunto si no ha oído usted algún ruido... por ejemplo, martillazos sobre madera.

—No, señor.

—Sí—dijo Tricamp volviéndose hacia los jóvenes—es sorda.

E inclinándose hacia Gúdula, dijo alzando la voz:

—¿Y luego, zumbaba la tempestad, no es así?...

—Sí, señor; ¡oh, bien se oían los truenos!

—Ha confundido ambos ruidos—murmuró Tricamp.

Y prosiguió, alzando la voz.

—¿Y después?

—Después, señor, hacía una noche como boca de lobo; estalló la tormenta; el amo no regresaba á casa... Tuve mucho miedo, me hincé de rodillas, recé mis oraciones... y entonces sajió de su alcoba Cristiana, toda temblorosa... muy pálida... y en aquel momento estalló el trueno ¡con una fuerza!...

—¡Ah!—dijo con presteza Tricamp.—¿Reparó usted que estaba pálida y temblorosa?

—¡Caramba, como yo, señor! Esa tempestad me tenía destrozados los brazos y las piernas. Yo no podía levantarme... y entonces comenzó á pegar aldabonazos el amo... y Cristiana abrió... ¡Señor, eso es todo lo que sé... tan cierto como soy cristiana y mujer honrada!...

—No llores, buena Gúdula—repitió Baltasar.—¡Ya te dije que no es á tí á quien se acusa!...

—¿Pues entonces, á quién, señor? ¿A quién entonces?... ¡Virgen Santísima!—exclamó acudiéndole de pronto una idea.. ¿Acaso será á Cristiana?

Nadie respondió.

—¡Ah!—repuso Gúdula.—¡No contesta usted!... ¡Ah, señor, eso no es posible!

—¡Mi buena Gúdula!

—¡Cristiana, señor!—continuó la buena mujer sin escucharle.—¡Una criatura como Dios manda!...

—¡Vamos, vamos!—dijo Tricamp.—Puesto que no es usted!...

—¡Ay, señor, más lo querría!—replicó Gúdula desesperada.—Mejor quisiera que me

acusasen á mí... ¡Vaya, qué me acusen!... Una vieja como yo... que estoy *acabadita*... ¿qué me importaría?... Iré á dar mis cuentas allá arriba, y eso no tardará... ¡pero esta criatura! Yo no quiero que la toquen, señor... ¡Ay, señorito Baltasar, no deje usted que la toquen! ¡Es sagrada! ¡No haga usted caso de ese mal hombre; él es quien todo lo arma!

A un gesto de M. Tricamp, impacientado, los agentes agarraron cada cual de un brazo á la vieja para llevársela de allí.

Gúdula dió algunos pasos; luego se dejó caer de rodillas junto al fuego, sollozando y lamentándose de no haber muerto antes de *semejantes maldiciones*, y M. Tricamp hizo seña á sus agentes para que la dejaran allí rezando...

IX

—Pues bien—dijo el agente de policía dirigiéndose á Cornelio,—ya lo ve usted, nadie ha venido de quien razonablemente puedan caer sospechas... ni del cartero, ni de la vecina, ni de ese Petersen. De modo que quien ha robado es la *vieja ó la joven*; y como no creo á la *vieja* en estado de hacer esa gimnasia, ruego al señor sabio que saque él mismo la consecuencia...

—¡No me pregunte usted más!—dijo Cornelio.—¡Ya no sé qué pensar; me parece que estoy soñando, y que todo esto es una horrible pesadilla!

—Yo no sé—replicó Tricamp—si esto es un ensueño; pero, sin embargo, me parece que estoy muy despierto, y que ratiocino muy bien.

—¡Sí, sí—dijo Cornelio yendo y viniendo con fiebre;—ratiocina usted bien!

—¡Y mi lógica es bastante rigurosa!

—¡Sí, sí, rigurosa!

—¡Y hasta aquí, todo me da la razón!

—¡Sí, todo le da á usted la razón!

—Pues bien... ¡No!—respondió con calor Cornelio, parándose en firme delante del agente de policía.

—¡No! ¡Eso no lo creeré en tanto que no la oiga á ella misma acusarse!... Había de decirlo ella en este instante... aquí... ante nosotros... ¡y aún juraría yo su inocencia!...

—De verdad—objetó estupefacto el agente—¿eso de su inocencia!... Pero ¿qué demonio de prueba?...

—¡Ay! No la tengo, lo sé—replicó Cornelio.—Y conozco todas las que usted invoca... Y mi razón está pronta á confesar que son ¡evidentes... terribles... implacables!...

—¡Pues bien, ¡y entonces?...

—¡Pero mi conciencia se subleva al punto contra mi razón!... Pero mi corazón esta aquí diciéndome: «¡No, no; esas palabras, ese rostro, esa desesperación!... ¡No, todo eso no es de una culpable; y, te lo juro, es inocente! ¡Yo no puedo probarlo... pero lo presiento...; estoy seguro de ello, y te lo grito con todas mis fuerzas, con todas mis angustias, con todas mis lágrimas!... ¡No escuche á los que la acusan!... ¡Mienten!...»

—¡Muy bien!—dijo Tricamp.—¡Si la policía discurriese así!...

—¡Oh! No pretendo convencerle á usted—replicó Cornelio.—¡Pero cumpla usted con su oficio, que yo cumpliré con el mío!...

—¡El de usted?...

—Sí, sí... ¡Busque, revuelva, registre! ¡Acumule usted prueba sobre prueba, para aplastar á esta desventurada criatura!... ¡Yo también sabré, por mi parte, reunir todas las que puedan defenderla!

—¡Entonces—respondió Tricamp—No le aconsejo á usted, caballero, que cuente entre estas últimas lo que acabo de hallar en el cajón de la señorita!...

—¿Qué?—preguntó Cornelio.

—¡Esta perla negra, desprendida del medallón!...

Cornelio cogió la perla... Temblaba.

¿Dentro de su cajón?...

—Sí, amigo mío, sí—exclamó Baltasar.—Dentro del cajón de su cómoda... hace poco... ¡delante de mí!...

¡Cornelio estaba pálido, inmóvil, anonadado! Era tan convincente, tan espantosa la prueba!... ¡Aquella desdichada perla le quemaba la mano y le aplastaba con su pesadumbre!... Mirábala maquinalmente sin verla... ¡y sin poder apartar de ella los ojos!... Baltasar le cogió la mano... pero Cornelio no sintió nada... ¡parecía estupefacto, y no cesaba de mirar la perla!...

—¡Cornelio!—exclamó inquieto Baltasar...

Pero Cornelio le rechazó vivamente, y se inclinó como para ver mejor la perla, haciéndola brillar á la luz.

—¿Pero qué es?—murmuró Baltasar.

—¡Quítate de ahí!—respondió Cornelio.

—Y apartándole bruscamente, corrió á la ventana y miró la perla más de cerca.

Baltasar y Tricamp cambiaron una mirada de sorpresa. Y en el mismo instante Cornelio se lanzó al gabinete, sin decir una palabra.

—¡Está loco!—murmuró M Tricamp, siguiéndole con la vista.—Don Baltasar, ¿me permite usted echar una copita de curasao á mi gente? Empieza á amanecer, y la calle debe de estar un poco fresca.

—Hágalo usted, caballero—dijo Baltasar.

Salió Tricamp. Al volverse Baltasar, vió á la anciana Gúdula arrodillada y rezando en un rincón; y fué á reunirse con presteza al gabinete con Cornelio.

V. SARDOU.

(Concluirá en el número próximo.)

QUESTIONES SOCIALES

La libre concurrencia.—La oferta y la demanda.—El dinero: su evidente falsedad como signo de cambio.—Alteración de las leyes del valor.

La libre concurrencia es la confirmación de la libertad del trabajo, tal cual esta libertad se concibe bajo el régimen individualista de la oferta y la demanda.

El hombre es libre para trabajar y concurrir; es decir, para alquilarse, alquilar á otros ó competir con ellos.

Pero ya se sabe: quien al entrar de lleno en la lucha por la conservación de la existencia carece de elementos *ofensivos* y *defensivos*, quien no dispone de más medios de fortuna que la fuerza de sus brazos, no puede sostener gallardamente la concurrencia con los que se hallan en posesión de la riqueza, y, más que un concurrente libre, es un esclavo

vo *despreciable*, vencido y humillado aun antes de luchar, dispuesto, por tanto, á aceptar resignado el yugo de la explotación.

Aquí, bajo el predominio capitalístico, todos somos libres para ejercitar nuestros derechos sociales de concurrentes; todos podemos hacer *honrada* competencia en el mercado humano donde se cotizan, ajustan y justiprecian los esfuerzos del trabajo, y se venden, contratan y alquilan las aptitudes productoras del hombre laborioso. Pero hay una gran diferencia, una diferencia notable, entre el concurrente, vendedor infeliz de esas fuerzas y de esas aptitudes, carente, por regla general, de todo recurso pecuniario, y el sagaz comprador de ellas que se encuentra en posesión legal de enormes riquezas con que imponerse y triunfar.

El obrero, como concurrente desheredado, vende sus servicios de trabajo para llenar perentorias necesidades de consumo, y el patrono, provisto de grandes medios de vida, compra al obrero los servicios de trabajo con el fin de enriquecerse y de vivir holgado, sin trabajar.

El trabajador jornalero vende sus actividades por necesidad, para *vivir de ellas al día*, y el capitalista, abusando de su situación privilegiada, compra al obrero sus esfuerzos de trabajo en forma realmente despojadora. Luego aquí, bien claramente se ve, no hay tal libertad de concurrencia, dada la manifiesta desigualdad de medios con que cuentan los concurrentes, económicamente considerados.

La libre concurrencia, sin tener, como desde luego no tiene, cosa alguna de *libre*, resulta el reconocimiento tácito de todas las trampas, timos, engaños, despojos y brutalidades legales que sirven de firme sustentáculo al *admirable orden social* sobre que se levanta, soberano y omnipotente, entre códigos y bayonetas, coronas y tiaras, el reinado del capitalismo.



En las continuadas y persistentes fluctuaciones que todos los *valores y productos* sufren en el mercado á impulso de los intermitentes vaivenes de la libre concurrencia, hasta ese producto de general aceptación denominado *dinero* está sujeto á sufrir las bruscas oscilaciones y constantes alternativas impuestas por la *ley de la oferta y la demanda* á todas las mercancías negociables que circulan, venden ó cambian en los mercados. Y, unas veces, el *valor convencional de la moneda* se cotiza más alto que otras y viceversa, no obstante ser este signo el que valúa, prima y determina los precios corrientes de todos los productos, sirviendo, como sirve, de común denominador de toda transacción mercantil y financiera y de toda contratación de servicios y de trabajo.

Estas oscilaciones, estas *alzas y bajas* alternativas y persistentes, experimentadas con incesante frecuencia abrumadora en el *valor convencional* de los padrones monetarios y que tan hondas perturbaciones causan en la existencia social y económica de los pueblos, son juzgadas por los sabios economistas burgueses, en su inopia ó mala fe, como accidentes ineludibles de utilidad beneficiosa para el desarrollo fructífero de la producción y del consumo, pues dicen que *á mayor oferta menor demanda*, ó viceversa. Y con esta explicación que, en realidad, nada explica, creen los doctos gerifaltes de la economía política haber llegado á la solución, ó poco menos, del más enorme de los anacronismos económico-sociales.

Están neciamente equivocados, pues que la mayor demanda que determina el alza de la oferta no es, ciertamente, producida por la *disminución de las necesidades*, sino porque así conviene que suceda á los ácaparadores de los productos, que son los que originan,

con sus inmorales maquinaciones comerciales y financieras, *la mayor oferta, el alza en los precios corrientes de los artículos negociables en plaza.*

*
*
*

El consumo humano no cesa un solo instante en su ascensión progresiva: desenvuélvese incesantemente con dilataciones asombrosas, y, de día en día, al surgir nuevas necesidades en la vida del hombre, hácese más indispensable la multiplicación, extensiva é intensiva, de los ricos veneros naturales y humanos de producción, riqueza y bienestar.

De aquí puede colegirse lo errados que andan los economistas burgueses al suponer beneficioso al libre desarrollo de la producción y del consumo el principio enunciado, pues que si es evidente la afirmación en él contenida de que *á mayor oferta corresponde menor demanda*, como la carestía de los productos que supone la *mayor oferta*, trae consigo aparejado el entorpecimiento en el consumo, este entorpecimiento, esta no absorción de productos que debieran consumirse y que no se consumen, tradúcese, fatal é ineludiblemente, en paralizaciones más ó menos parciales de los centros de producción y de trabajo, paralizaciones funestas para la sociedad, que siembran en el mundo las horribles miserias del *pauperismo* y producen el embrutecimiento y la irracionalidad en el seno de las clases menesterosas.

Las *crisis económicas*, las tremendas crisis de trabajo, esos tristes conflictos aterradores que tan inmensos daños ocasionan al fomento del bien social y que, sin embargo, con bastante frecuencia suelen producir el enriquecimiento de los especuladores *afortunados*, obedecen siempre, casi exclusivamente, al grosero antagonismo que se observa entre el *dinero y los productos*, entre el *signo que ostenta un valor figurado y el elemento disfrutable de vida que vale por sí y ante sí, en una palabra, porque es, efectivamente, lo que con toda verdad representa en las funciones del cambio.*

Analícemos ahora el *por qué y el cómo* de estas irracionales antinomias entre lo *ficticio* y lo *real*, procurando dejar bien dilucidado asunto de tan notoria transcendencia.

Como queda apuntado precedentemente, el dinero no es otra cosa que el signo representativo destinado á facilitar el cambio de los productos; es decir, *una mercancía figurada.*

Cuando el mercado se halla abarrotado de mercancías, cuando hay en plaza exceso de productos, *baja el valor de éstos* en las constantes fluctuaciones de la oferta y la demanda, y, en su consecuencia, *sube el valor del dinero.*

Estas frecuentes alteraciones en el precio ordinario de los productos que determinan la mutabilidad constante de las *leyes del valor*, produciendo eso que hemos dado en llamar *crisis económica*, fenómeno desastroso que á todos nos arrolla con sus impetuosas brusquedades, las más de las veces inesperadas, obedecen principalmente al retraimiento sistemático de los tenedores del signo monetario en las transacciones de la vida comercial.

Así, pues, si, por ejemplo, la demanda de un producto determinado es superior á la cantidad de sus existencias en plaza, *el valor negociable de este producto se eleva*, y viceversa, cuando las existencias en plaza del producto en cuestión resultan muy superiores á las necesidades corrientes de la demanda.

Cuando los productos no encuentran fácil colocación en el mercado, baja el valor comercial de éstos á fin de excitar á los tenedores del capital monetario á que adquieran productos, atraídos por la *baja* experimentada en los precios corrientes. Pero si los productos escasean, si no hay bastantes productos para cubrir holgadamente las exigencias

de adquisición, normales ó extraordinarias, del mercado, entonces el fenómeno se reproduce invertido: *el dinero aumenta el valor comerciable de los productos, se da en mayores proporciones por la adquisición de unidades de productos idénticas en cantidad y calidad.* Es decir, que por la partida de géneros que en el estado normal del mercado se pagaban 100 pesetas, páganse ahora 120, por ejemplo, y esto equivale, real y positivamente, á producir la depredación y la baratura del dinero, cuyo valor ideal salta á la vista.

Así, pues, tenemos que, en el enrevesado tecnicismo de la economía política, *subir la oferta equivale, real y positivamente, á rebajar el valor del dinero.*

Es decir, que el dinero, ese numerario signático que ejerce en la plaza comercial y bursátil las funciones supremas de regulador y facilitador de todo cambio, venta de productos y contratación de trabajo, *disminuye de precio* precisamente cuando más desastrosa y aflictiva es la situación económica de las naciones por la carencia de productos, y se ve, en cambio, por todos solicitado cuando hay plétora de mercancías comerciables, y, por tanto, mayor grado de felicidad pudieran alcanzar los pueblos.

De aquí se desprende, evidentemente, que el día que la sociedad se cure de los grandes males económico-sociales que al presente la tienen agobiada, habrá acabado para siempre la misión del dinero.

En resumen: el valor convencional del dinero se altera ante la abundancia copiosa de los productos, y esto viene á demostrarnos que la existencia del dinero como patrón de cambio resultaría completamente inútil en una sociedad de productores libres, constituida bajo los auspicios del comunismo socialista y fundamentada sobre los nobles altruísmos de la solidaridad fraternal.

Ahora bien; si el dinero no fuera, como efectivamente lo es, un signo despojador de valor convencional, si el dinero *valiera ante sí y por sí*, ¿sucedería cuanto de anormal acontece en las transacciones del cambio?

Por eso, comprendiendo que el dinero es el factor más poderoso con que cuentan los capitalistas para realizar los tremendos engaños de la explotación, dice el sabio norteamericano Carey:

«Que no debe medirse la conveniencia de las operaciones de contratación y trabajo por el justiprecio del dinero, sino por el valor que les proporciona su producción, porque, trabajando todos, la resultante final es el cambio de trabajo por trabajo.»

*
* *

La cuestión social, entrando en su período álgido, ha concluído por interesarnos á todos. Hoy día apenas si se hallará quien deje de tener sus opiniones particulares para solucionar el gran problema. La fiebre reformista invade el mundo de uno á otro polo. Para curar el mal, todo se vuelven proyectos y panaceas. Filántropos y demócratas, reaccionarios y conservadores, todos, todos cuentan con su correspondiente remedio eficaz y salvador.

En este maremagnum reformista, suponen muchos que mediante el abaratamiento de los productos del consumo más general y necesario podría llegarse fácilmente á un estado de cosas más en armonía con la equidad y la justicia que lo es el actual. Es este otro de los grandes subterfugios puestos en boga con carácter de panacea, pero que nada resuelven en definitiva, máxime cuando está probado hasta la saciedad que el salario, *oscilando siempre sobre el minimum del coste diario del sostenimiento de los jornaleros, baja ó sube su cuantía remuneradora, según lo exigen las circunstancias del momento, sin jamás rebasar los límites de lo puramente necesario.*

Hay, pues, que convèncerse la baratura de los productos llamados de primera necesidad, *atenúa, però no resuelve*, las causas que ocasionan la gran miseria en que viven las clases obreras.

Porque, en resumidas cuentas, ¿qué importa que un objeto valga diez en vez de veinte, si el que ha de comprarlo necesita para ello dar por cinco una parte de su trabajo que en otro caso valdría veinte?

Así, por este estilo, son casi todas las teorías salvadoras propaladas por políticos y filántropos. Quieren seducirnos prometiéndonos, sonoramente, ponernos *á cuarto la vaca*; pero nosotros no ignoramos que, aun cuando así fuese, quedaría sin comer carne aquel que careciera de los *tres céntimos* necesarios para comprarla...

DONATO LUBEN

(Concluirá en el número próximo.)

Brunetiere en el Ateneo de Madrid

Al verlo en la cátedra del primer centro científico y literario de España, experimenté una sensación de placer.

Brunetiere es raquítico, endeble y feo, y me alegré de que lo fuese.

Si la cara es el espejo del alma y las ideas han de ser fisiológicas, es naturalísimo que Brunetiere ponga su vida al servicio de lo ínfimo en amor y que conciba doctrinas enfermas, como su cuerpo, y como su cara, insignificantes.

Es de celebrar por un adorador de todas las grandezas ver cómo los partidarios de lo mezquino y pequeño en lo social, en lo político y en lo moral, no tienen hombres ni ideales que oponer á los ideales y á los hombres del porvenir. Física, moral é intelectualmente representan la fealdad y la muerte.

¡Cuánto me alegro de que los enemigos de la vida espléndida representen la fealdad y la muerte!

En otro orden de consideraciones he de decir que Brunetiere nada nuevo expuso ni dentro de lo viejo que fuese interesante. Cuatro trozos de retórica mal hilvanados constituyeron su conferencia.

Brunetiere es pobre mentalmente además de físicamente. No supo interesar ni entretener al auditorio, porque no pudo. Aunque incultos, no lo son tanto los españoles que frecuentan la cátedra grande del Ateneo, que no supiesen de literatura comparada más de lo que les contó Brunetiere.

Con satisfacción declaro que el enemigo de la ciencia y el amigo de todos los arcaísmos ha fracasado como hombre y como literato.

Lo mezquino llama lo pequeño y no se puede esperar la excelsitud artística de un corazón ayuno de luz y de ideales generosos.

¡Cuánto me alegra y fortalece mi espíritu el fracaso y la figura insignificante de Brunetiere!

ANGEL CUNILLERA

CURIOSIDADES

La coloración de la seda en el gusano de seda.—Dos químicos, Leorat y Conte, han hecho recientemente curiosos experimentos sobre la coloración de la seda en los gusanos de seda valiéndose de los mismos alimentos que toman. Embadurnaron las hojas que comen los gusanos con materias colorantes, rojo, azul y ácido pícrico. Así preparados los repartieron en pequeñas fracciones que ellos royeron sin dificultad; sus cuerpos al momento se pusieron colorados y después hilaron la seda roja, azul y con el ácido pícrico seda blanca ó anaranjada.

La coloración obtenida, según dicen los experimentadores, resiste perfectamente al lavado.

Decididamente la investigación científica camina á pasos agigantados.

* * *

Flores antisépticas.—Un sabio bacterólogo ha demostrado hace poco que los vapores que se desprenden de la mayoría de las esencias constituyan poderosos antisépticos. El bacilo de la fiebre tifoidea muere en doce minutos con la esencia de canela, en 35 con la de tomillo, en 45 con la de verbena de la India, en 50 con la del geranio, en 75 con la del orégano, en 80 con la del patchuli. El espliego y el eucalipto son también poderosos antisépticos.

Recomiendo á mis lectores el uso frecuente de esos *agentes naturales* para desinfectar durante el día las habitaciones en que se acostumbra dormir.

* * *

Efectos magnéticos.—Un sabio italiano, el profesor Murani, afirma que ha observado en ciertos individuos un gran poder eléctrico ó magnético que produce consecuencias muy curiosas.

Un día, dice él, que se ocupaba en investigaciones sobre la electricidad vió con sorpresa la aguja de su galvanómetro muy vivamente influenciada por la llegada de uno de sus amigos.

De momento creyó que su amigo llevaba encima de él un imán ó algún aparato eléctrico.

Aquel, para probarle que se equivocaba, se desabrochó completamente y el efecto de repulsión continuó produciéndose sobre la aguja al acercarse al galvanómetro, de la misma manera que si fuese un imán de cierta potencia.

Es de notar que la parte anterior del cuerpo obraba como un polo positivo del imán, y la parte posterior como uno de negativo.

Esa repulsión ó atracción también se nota entre las personas.

* * *

La más grande moneda del mundo.—En alguna de las islas de las Carolinas usan habitualmente una moneda, que, con seguridad, es la más grande del mundo. Está formada de unas plaças de forma casi circular, cuyo diámetro oscila entre 60 centímetros á más de dos metros.

Ya quisiera ver yo á los gomosos de nuestra sociedad civilizada, que tanto dinero derrochan, cargar con el peso que representarían con tales monedas las francachelas diarias.

* * *

Los naturistas.—En Bucharest hay un alemán que predica el naturismo.

Se alimenta sólo de frutas y de miel y va casi desnudo por las calles, sin pantalones ni camisa, tanto en invierno como en verano.

Los periódicos que traen la noticia lo hacen irónicamente, burlándose de la *Sociedad de hombres naturales* que propaga con el ejemplo el citado alemán.

No hay motivo, sin embargo, para la ironía, puesto que son más los que no tienen camisa en este mundo que los que la tienen y si no son naturistas deberían serlo, ó sino saber ir á buscar las camisas que sobran en muchos sitios. Cada hombre debe procurar tener el valor de sus convicciones.

* * *

De ensalada.—El origen de las legumbres es bastante variado y pasa á ser interesante.

Son originarios del Asia: las habichuelas (India), las espinacas y los espárragos, el chalote y el rábano silvestre (Asia Menor); de la América: la patata y el tomate. Al Africa debemos la berza, el melón, el hinojo y la cebolla.

La alcachofa nos pertenece á España; el perejil, á la Cerdeña; el berro, á la isla de Candía; la lechuga, á la isla de Cos; la calabaza, á Rusia; el perifollo, á Italia; la zanahoria, á Francia; la...

Pero basta ya de ensalada; lo que hace falta ahora es tener el pollo.

* * *

Miel y cera.—La producción anual de la miel y de la cera en Francia, es de una importancia tal que merece consignarse.

Existen allí millón y medio de colmenas en actividad. La producción total cada año es de siete millones y medio de kilogramos de miel y dos millones doscientos mil de cera.

El precio medio del kilogramo de miel es de 1,40 francos, y el de cera, de 2,15.

Que representa una respetable suma, cuyos ingresos son casi íntegros, por no tener que pagar á los que la elaboran.

* * *

Los microbios utilizados.—Un sabio de Praga ha comunicado á la Academia de Viena un interesante descubrimiento: se trata del poder fosforescente de ciertos microbios.

Esos microbios se utilizan en botellas de vidrio adornadas de salitre y de gelatina inoculada con bacterias.

La botella da una luz de un azul verdoso dos días después de la inoculación. Su claridad, que puede permitir distinguirse limpiamente á dos metros de distancia los rasgos de cualquiera, puede durar de dos á tres semanas.

El inventor asegura que esta clase de lámparas puede emplearse sin temor tanto en las minas como en los almacenes de pólvora.

Con este invento hasta los microbios pasan á constituir una industria. Decididamente estamos en pleno mercantilismo.

LA DAMA GRIS